

CRÓNICAS LIGUANAS

ARTURO QUEZADA
Director Museo de La Ligua

Necesitábamos una transfusión. Necesitábamos ponernos en contacto con el arte, el verdadero arte que explora dentro de nosotros y nos entrega imágenes que nos ayudan a ver las cosas con otros puntos de vista, que nos obliga a revisar los gastados esquemas que tenemos sobre las cosas, en este caso sobre la historia de América y el alma de los pueblos.

Mucho público. De todas las edades, de todas las clases sociales: el pueblo auténtico, mucha alegría, curiosidad, problemas técnicos que demoraron el comienzo y que aprovechamos para contemplar las gigantescas velas con las cruces rojas y las seis carretelas de fierro que instantes después se constituirían en importantes personajes.

Cuando comenzó la obra, pocos entendían lo que estaba pasando. El director Mauricio Celedón eligió escenas que fueron creando el clima, la lógica propia para lo que vendría después.

El desarrollo fue dramático; los actores estaban entregados 100 % a su rol. Percibíamos su esfuerzo. A cada momento, una nota de humor inteligente, que perseguía la sonrisa y no la carcajada. Sin palabras, es cierto, pero con una música sólida que apoyaba la imagen con acierto, una música en que predominaba el sonido sagrado ancestral, pero también incluyendo música selecta y popu-

lar, desde aires de quinta de recreo a cantejondos españoles.

Poco a poco los liguanos se fueron conectando a la intención de los artistas y vimos desfilar nuestra historia, a nuestros héroes, a nuestra mentalidad, dividida en siete actos o "transfusiones".

Como arqueólogo, sólo critico la primera transfusión. **La Glacial** (tal vez no la comprendí) donde se evoca el paso de los emigrantes asiáticos a través del Estrecho de Bering (hace unos 50.000 años). El actor que la representó, por su físico y vestimenta no correspondía a ese hombre, sino más bien a un cavernario europeo, un cromagnon o un neardenthal. Digo esto por los asombrosos aciertos en la elección de tipo físico de los personajes como Bernardo O'Higgins, Manuel Rodríguez, los franceses, los españoles, Malinche y Moctezuma.

La segunda transfusión, **El Almirante Colón**, tuvo su mejor momento cuando parió la Reina ayudada por Colón. La tercera y cuarta transfusión lograron su momento más impactante visualmente y la más celebrada por el mundo infantil. El fuego, el atormentado Moctezuma, la hechicera de la gallina negra, la corte azteca, la música trágica, la presencia de la inminente destrucción de la cultura india.

El quinto acto, **De Malinche** nace el



Roxana Campos, Jessica Walker, Soledad Martínez y Sandra Briones. Fotografía: Mireya González.

criollo, es impresionante. El autor eligió a la amante de Hernán Cortés como el símbolo de nuestra madre; de ella nacerá el criollo, personaje que siempre va a despreciar lo nuestro y adorar lo extranjero ("en México se llama maldición de Malinche" a la xenofilia o amor a lo extranjero). En este acto el grupo alcanzó un cuadro de extraordinaria belleza y sobrecogedor clima: La procesión de las vírgenes cristianas y la confusión de lo cristiano con lo pagano (eso sí, los diablos: poco diablos).

En el sexto acto nos divertimos mucho con la infancia del patriotismo y su poco afectuoso padre español. Una delicia de movimientos nos resultó la versallesca aparición de la cultura francesa, la elegancia cómica de los maestros franceses y el surgimiento del patriota, que echaría a andar la patria, representada por las seis carretelas al revés, donde O'Higgins trata de hacer girar las doce ruedas al mismo tiempo; en una actuación singular aparece Manuel Rodríguez, mientras el coro canta la tonada de Nerva, toma por el cuello al Director Supremo y le da de patadas en el traste, después se retira encabritado

mientras el coro entona dolorosamente "en Til-Til lo mataron los asesinos".

En el último acto, **La transfusión del aire**, la Patria (o sea las carretas volteadas) se llena de gente que canta dulcemente mientras el hombre pájaro, personaje típico de las alturas indias, nos trae a la memoria el sonido de la tierra inconquistada.

Cuando finalizó el espectáculo me fui a bambalinas. Hay gente felicitando. Todos se abrazan. Algunos lloran. La energía se palpa; llego donde Carlos Rojas y Nelson Rojas, integrantes de la orquesta y liguanos. Nos estrechamos las manos emocionados. Ha sido una lucha cultural tan larga y silenciosa. Conozco sus sueños, sus proyectos, sus triunfos y fracasos desde que tenía el pelo corto. Es la hora de su triunfo, de su realización y ahora, a nombre de La Ligua, les rindo homenaje. Durante muchos años tocaron en la plaza, con tres compadres escuchando, alegrando a los pájaros y escandalizando a los copuchentos. Esta ha sido su mejor tocada.

Extiendo mi homenaje sencillo a toda la compañía, y les invito a conservar su fuerza y entrega para toda la vida. •